

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Costumbres brutales, ideas simples

La cuestión se planteó crudamente el 14-D de 1988. El rechazo al autoritarismo y abusos de poder de Felipe González ha tardado más de siete años en resolverse. Desde aquel día, este señor de los suyos ha seguido instalado y aprovechado en el Estado, sin razón para ello, porque la barbarie moral de su cultura gobernante ha sido compartida por todas las instituciones estatales, por los medios de comunicación dominantes y por las clases ociosas y especulativas. Ni una sola institución ha quedado a salvo de la indignidad asumida con el apoyo dado a un sujeto de poder tan cínico. La televisión y el oligopolio editorial felipista han rebajado el nivel de veracidad de la información política al existente en la dictadura a comienzos de los setenta. El grueso de las amas de casa, pensionistas y de los representantes de las finanzas le ha dado su voto con el mismo entusiasmo que antes a Franco. Si ahora sale deshonrado del Gobierno, desplazado por una nueva mayoría, a la que califica de franquista, no es por los méritos de Aznar ni de su programa, al que califica de oculto, sino por lo que él mismo ha fabricado en estos siete años: una mayoría de rechazo a la inmoralidad de la que es representativo. El artificio de la victoria «moralista» de Aznar ha sido González.

★

Terminada la horrenda pesadilla González queda por saber qué mala digestión española la ha producido. El apartamiento del poder de un hombre inmoral no hace desaparecer la causa política que hizo poderosa a la inmoralidad. Cuando casi un tercio del electorado, creyéndose de izquierdas, se dispone a votar todavía al PSOE, pese a la presencia nada testimonial de IU; cuando ni un solo partido se propone reformar las instituciones que corrompen a los gobernantes (confusión de poderes) y falsean la representación parlamentaria (sistema proporcional); cuando el rígido criterio de convergencia hacia la Unión Monetaria es tomado por el PP con el mismo dogmatismo que el PSOE, a pesar de sus catastróficas consecuencias para nuestra economía productiva y el Estado de bienestar; cuando los sindicatos estatizados no tienen otro horizonte que el de la movilización contra la misma política económica que los humilló bajo el felipismo; y cuando, en fin, los nacionalismos gobernantes y el terrorismo de ETA parecen exacerbarse ante la expectativa de un Gobierno de mayoría del PP; no hace falta ser adivinos para dar por descontados los efectos perniciosos que arrastrará el hecho de abrazar el problema Aznar sin haber planteado, ni mucho menos resuelto, la causa real del problema Felipe.

★

Aznar representa un problema de Gobierno porque lo ha sido en la oposición. Su talante o su talento no han sabido, querido ni podido sacar a los españoles de la cámara de los horrores donde los ha metido la degeneración del Gobierno socialista. Han tenido que ser ellos mismos los que se libren del mal gobernante, a la tercera oportunidad electoral, pero no antes de que consiguiera salir ileso de su designio criminal. Aznar le ayudó, por omisión y cálculo, a que prosperara su afán de irresponsabilidad. Y no puede escudarse en la impotencia de las instituciones, porque su deber era ponerlas al límite de su función constitucional o denunciar ante la opinión pública la imposibilidad legal de echar del Gobierno a la corrupción y a la mentira antes de que ellas mismas quisieran marcharse. Aznar triunfa porque nada sólido le resiste ni se le opone. Aunque fracasará porque nada sustancial lo sostiene ni ilumina. La única luz que puede esclarecer sus vías de futuro está colocada a sus espaldas. Sin embargo, no se cansa de repetir, asustado de tener que poner a la sociedad ante la verdad de lo que espera encontrar, que pasará la página del pasado en el libro de la vida política. ¡Cómo si fuera posible hacerlo! ¡Cómo si la historia, condicionante del futuro, pudiera enterrarse! ¡Cómo si los espectros del pasado no retornaran siempre! Cuando las costumbres son brutales, las ideas son así de simples.

TRIBUNA LIBRE

El sitio de España

[FELIPE SAHAGUN]

En febrero de 1990, Fernando Morán concluía sus memorias de la etapa que vivió al frente de la diplomacia española (1983-86) con las palabras siguientes: «España estaba en su sitio».

Seis años después, la campaña electoral del 96 entra en su recta final con tres posiciones claramente diferentes sobre el sitio internacional en el que los socialistas dejan a España tras más de trece años en el Gobierno.

Para el PSOE, la opinión de Morán sigue siendo dogma de fe. Para el PP, seguro de ocupar Santa Cruz en breve, España está casi en su sitio. Para IU, España sigue estando tan lejos o más que en 1982 del sitio que se merece en la sociedad internacional.

Si comparamos la España de hoy con la de hace un siglo, como hacia el ministro de Exteriores Westendorp en su conferencia de despedida en el Instituto de Cuestiones Internacionales de Madrid, no cabe duda de que «hemos conseguido volver a poner a España en su sitio».

Si nos limitamos a la gestión exterior de los gobiernos socialistas y a las opciones alternativas que ofrecen hoy el PP e IU, surgen muchas interrogantes. ¿En qué medida coinciden o se contradicen todavía nuestra política de seguridad y de defensa, y nuestra política exterior? ¿Por qué no se ha hecho aún un balance crítico de la participación española en misiones de paz?

Históricamente, los internacionalistas se han dividido en dos escuelas: los kantianos y los dis-

cípulos de Tucídides y Maquiavelo. Kant anticipó a finales del siglo XVIII un mundo próspero y en paz si sus Estados miembros se dotaban de instituciones representativas, controles y equilibrios, derechos individuales y un Estado de Derecho. Frente a él, desde Richelieu a Kissinger, pasando por Hobbes, Metternich y Bis-

muchas más importancia a las ideas y aspiraciones de IU de lo que lo ha hecho hasta ahora.

De lo contrario, el tan venerado consenso en política exterior pronto se convertirá en el pensamiento único que Westendorp dice aborrecer. Con un agravante: España no es la autora principal del guión que interpreta en el mundo sino una actriz secundaria.

Por «su sitio», Morán entiende en sus memorias acabar con el complejo de inferioridad del español en lo internacional, la participación plena en la CE y el final de la dependencia militar tan desigual que, desde los años cincuenta, España había tenido con los EEUU. Hoy, en opinión de Westendorp, «España ya no es diferente y se encuentra plenamente integrada en los organismos e instituciones europeos e internacionales».

En nombre del PP, tres días antes y en el mismo foro, Javier Rupérez prometía, si su partido gana las elecciones, «respeto básico y continuo de las líneas maestras de la política exterior que han seguido los gobiernos socialistas».

Los máximos dirigentes del PP consideran obligada esa continuidad por coherencia. Consideran que los socialistas se han limitado, en estos trece años, a continuar la política exterior iniciada por los gobiernos de UCD, partido al que pertenecía entonces Rupérez. No hace falta ser socialista para reconocer en esa tesis egoísmo y poca inexactitud.

El argumento, en todo caso, sirve al PP para explicar el apoyo que la derecha ha dado sistemáticamente al Gobierno en los momentos más decisivos del últi-

«Los sueños de IU en política exterior lo son menos cuando se plantean como objetivos a largo plazo»

marek, está la mayoría, que sigue supeditando los medios a los fines y dando prioridad casi absoluta a las relaciones de fuerza y a los intereses sobre la ética.

IU es el único partido político español que se identifica hoy claramente con los kantianos. Todos los demás, de palabra y de obra, están mucho más cerca de Hobbes que del filósofo alemán, aunque nadie en España se identifica hoy como realista puro y duro. De ahí que, si España desea movilizar las voluntades y despertar ilusión de nuevo entre sus ciudadanos por un proyecto de futuro, tendrá que dar

REVISTA DE PRENSA

GERMAN YANKE

¿Miedo al PP o a las encuestas?

Las encuestas no son Dios pero algunas parecen una oración desesperada. Los socialistas, en estos momentos de zozobra, pueden sumergirse en la que ayer publicaba *La Vanguardia*: «El PP se consolida y el PSOE repunta», decía el periódico catalán interpretando el sondeo del Instituto Opina. Lo cierto es que, a pesar de todo, las cosas no han cambiado demasiado: según el sondeo de *La Vanguardia*, que es el menos optimista para el PP, este partido tendría una expectativa de voto del 41% (en la encuesta que publicó el 11 de febrero era el 40,5%) y el PSOE el 35% (en la anterior, el 34%). Ni, naturalmente, las intenciones: «Aznar gana sin apabullar» titulan Alfredo Abian y José Antich un análisis en el que se insis-

te, sin cautelas, en que la mitad de los indecisos votaron a la izquierda en 1993. Sin cautelas, digo, porque es de imaginar que el sondeo del Instituto Opina haya tenido en cuenta tanto el 24% de encuestados indecisos como su elección anterior y porque uno no puede menos que confiar en que los sociólogos hayan distinguido entre el 33% de esos indecisos, votantes anteriores del PSOE, el 23% de votantes de Izquierda Unida y el resto. Es cierto que es «matemáticamente posible»

el alza de los socialistas pero no parece, ni en la versión más optimista para sus amigos de *La Vanguardia*, que las cosas cambien mucho. Por si fuera poco el tono del análisis de los datos, *La Vanguardia* abre su edición con una fotografía de Aznar en actitud que parece más ridícula que distendida —el periódico asegura que «ric distendidamente»— e incluye otra del candidato popular Trias de Bes comiéndose un bocadillo en pose nada favorable. Claro que Felipe

González en la página siguiente, saluda distendido y elegante a la actriz Rosa María Sardà. La foto de Aznar ilustra una entrevista con el líder del PP. Es una de esas sorprendentes entrevistas en las que las respuestas son a menudo mejores que las preguntas. Así, le comentan al candidato, insistiendo en lo que consigna machaconamente *La Vanguardia*, que «el GAL desapareció en 1987». Responde Aznar: «Pero los argumentos del GAL, siguen a lo largo de los años dejando una estela indeseable en la lucha antiterrorista. Es por eso que toda afirmación respecto a la recuperación del Estado de derecho es básica en la aplicación de cualquier política en términos generales, especialmente en la lucha contra el